



LA HOJA de PARRA

REVISTA FESTIVA

CARAS BONITAS

SUMARIO

- CARLOS MIRANDA
De parranda.
- RAMÓN ASENSIO MÁS
Cuentos inocentes.
- EULOGIO MÉNDEZ
De mis cien cantares.
- FÉLIX RECIO
Las arañas protectoras.
- JACINTO CARMÍN
Sueños intempestivos...
- ABELARDO DELGADO
Intuición femenina.
- P. AGÜERA GÓMEZ
Chismes.
- CLEMENTE DE CASTRO
Vivamos en paz.
- LUIS DE OSSA
Cinco años de matrimonio.
- FERNANDO AMADO
Chamberí, por Fuencarral.
- EL BACHILLER ESPINA
Lamentación.
- TOVAR, DEMETRIO, ALFONSO
y ENRIQUE
Caricaturas y retrato de Elvira Ferrero y otros dibujos.



ELVIRA FERRERO

Artista de varietés, muy gentil y muy pícaro.

5 cénts.



"LA CORTE DEL PECADO,

Al autor del bello libro de
poesías publicado recientemente
con este título.

I

Ante mi ignorancia
surge de improviso,
de repente, el nombre
de Gabriel Enciso,
con quien en la vida
nunca he tropezado
por las calles de esta
Corte del Pecado.

✕

¿Cómo á este poeta
que tan bien conoce
las encrucijadas
del mentido goce,
cual los recovecos
del placer fingido,
yo en mis verdes años
no le he conocido?

✕

Caballero andante
de esas infelices,
á quien los follones
llaman meretrices:
¿cómo no nos vimos,
en aquellos días,
por las escaleras
de las mancebías?

✕

De la diosa Venus
siendo amantes fieles,
¿cómo no nos vimos
nunca en los burdeles,
tétricas mansiones
de esa alegre chusma
que de los "canelos,"
siempre va á la humsa?

✕

Si leer quisieran
versos las mujeres
que al transeunte brindan
íntimos placeres,
comprarian esos
en que tú has cantado

las angustias de esta
Corte del Pecado...

II

Si á los dos las damas
del honor perdido
(nunca falta un roto
para un descosido)
nos inocularon
su viciár perverso,
¿por qué no enseñarles
la virtud del verso?

✕

Si tu hermoso libro
vieran las "cocotas,"
se santiguarían
como las devotas
por lo bien que sabes
descubrir las rutas
en que están las casas
de las prostitutas...

✕

Víctimas eternas
del común desprecio
por la hipocresía
de este mundo necio,
¡qué bien les sonaran
esos generosos
ayes de tus versos
misericordiosos!

✕

De los fariseos
y de las "tartufas,"
que en el golfo quieren
encontrar cotufas,
es tu hermoso libro
férula y azote,
como lo son ellos
para la "cocote,"

✕

Yo, que sus primicias
tanto te agradezco,
desde estas columnas
mi amistad te ofrezco;
¡y á ver si algún día
vienes á mi lado
por las calles de esta
Corte del Pecado!...

Carlos Miranda

CUENTOS INOCENTES

AMOR PRECOZ

Nos hallamos en Recoletos, á la caída de una tarde de Primavera, tibia y perfumada. Una brisa ligera y rumorosa balancea las copas de los árboles y por el espacio azul cruzan los pájaros en bandadas con bulliciosa alegría.

PERSONAJES: ROSARITO y LUISA, que aparecen cogidas del brazo. Detrás y siguiéndolas á poca distancia, FERNANDITO. Son tres niños de diez á doce años y visten con elegancia.

ROSARITO (deteniéndose de pronto y volviéndose hacia Fernandito sin soltar el brazo de Luisa). — Caballero, nos está usted comprometiéndolo. Haga usted el favor de retirarse.

FERNANDITO (inclinándose galante y respetuoso). — ¡Señorita!...

ROSARITO (muy enojada). — Nada, nada; estamos dando un espectáculo y todo Reco-

letos se está fijando en nosotros. Suplico á usted que se retire. (Le vuelve la espalda y sigue paseando del brazo de su amiga).

FERNANDITO (para sus adentros y sonriendo con malicia). — Me suplica!... Está al caer. (Siguiéndolas nuevamente y acertando las distancias cada vez más). Señorita, per-

done usted, pero... ¡no puedo acceder á su suplica!

ROSARITO (deteniéndose entre curiosa y ofendida). — ¿Cómo?...

FERNANDITO. — ¡Imposible!... (Con profunda convicción). — ¡Estoy enamorado de usted!

ROSARITO (volviéndose hacia Luisa). — Pero, ¿tú oyes lo que dice este hombre?

LUISA (aparentando indiferencia). — ¡Sí!... (Al oído y con disimulo). ¡No te fíes!

FERNANDITO (con entusiasmo creciente).

LAS LUCHAS GRECO-ROMANAS



—¿A tí cual te gusta más?

—¿A mí? El negro.

—A mí no, porque luego se conoce

—Yo quisiera que usted tuviera poder suficiente para descubrir mis pensamientos más íntimos, para llegar hasta el fondo de mi pecho y ver los estragos que ha causado allí esta pasión que me mata... (Transición; con acento de profundo desengaño). Ah, pero usted es muy joven para comprender ciertas cosas!

LUISA (*asombrada*).—¡Jesús!...

ROSARITO (*sonriendo con satisfacción*).—¿Es usted poeta?

FERNANDITO.—A ratos, señorita; ¡como traduzco los clásicos latinos!... Ya ve usted, lo que acabo de decirle es de Horacio.

LUISA (*rápidamente*).—¿De quién?

FERNANDITO (*contrariado y aparte*).—¡Atiza! ¡La he metido!

LOS TIMIDOS



Ella.—Pues si no ha conseguido usted el amor de ninguna mujer, será porque no lo desea mucho.

El.—¡Ay! No lo crea usted porque se lo pido a una virgen todos los días.

ROSARITO (*cada vez más amable*).—¿De modo que usted estudia?

FERNANDITO.—Sí, señorita, y con gran aprovechamiento, aunque me esté mal decirlo. Ya ve usted; todos los años me dan sobresaliente. (*Sacando una pitillera con inicial de oro y de la pitillera un cigarrillo negro*). ¿Les estorba a ustedes el humo?

ROSARITO.—¡Oh, no señor!... Estamos muy acostumbradas.

FERNANDITO.—(*sorprendido*). ¿Ah?

ROSARITO.—Sí, ¡papá fuma tanto!...

LUISA.—Y papá también; y de la misma clase que el señor. (*Riendo*). ¡Ya ven ustedes qué casualidad! (*Reanudando el paseo acompañadas ya por el pretendiente*).

FERNANDITO (*después de larga pausa y dirigiéndose, en voz baja, a Rosarito*).—Bueno... ¿y de aquello, qué?

ROSARITO (*muy sofocada*).—¿De aquello? ¡No comprendo!...

FERNANDITO.—Me refiero al... Vamos, a la... (*Después de chupar varias veces el cigarro como para encontrar la fórmula deseada*). ¿Quiere usted ser mi novia?

ROSARITO (*bajando la vista, pero mirándole con el rabillo del ojo*).—¡Yo!... ¡Si fuese usted formal!...

FERNANDITO (*ofendido*).—¿Cómo, señorita!... ¿Duda usted de mí?

ROSARITO.—No, pero... ¡Si viera usted qué poco me fio de los hombres!...

LUISA (*en alta voz*).—Haces bien, ¡te han hecho tantas!...

FERNANDITO.—Le advierto, señorita, que soy una persona seria, de orden... Y que, al dirigirme a usted, lo hago porque tengo el convencimiento de que es usted... ¡la pasión de mi vida!

ROSARITO (*sin poder dominar su satisfacción*).—¡Oh, en ese caso!...

FERNANDITO (*aparte*).—Cayó chapuza.—(*A ella, entusiasmadísimo*).—Concedido, ¿verdad?... ¡Uy, bendita sea usted y su mamá de usted y su papá de usted y su...!

LUISA (*alarmada*).—¡Caballero, por Dios!...

FERNANDITO (*conteniéndose*).—¡Ay, ustedes perdonen! La alegría me trastorna el juicio.

LUISA (*severa*).—Ya lo vemos, ya.

FERNANDITO (*a Rosarito*).—Bueno, y diga usted, ¿dónde hableremos nosotros?

ROSARITO.—Aquí, por las tardes.

FERNANDITO.—¿No va usted al colegio?

ROSARITO (*con cierta superioridad*).—¡Qué disparate!... Tengo institutriz.

FERNANDITO (*torciendo el morro*).—¡Malo!

ROSARITO (*al quite*).—¡Oh, no nos estorbará!... Es discretísima.

FERNANDITO.—Entonces...

LUISA (*intranquila*).—Rosario, nos está llamando la miss... Debe ser muy tarde... ¡Vamos!

FERNANDITO.—¿Muy tarde?... (*Sacando un reloj de acero empavonado y mirando la hora*). Las siete y diez.



—¿Te vienes gordito?

—¡A usted que le importa!

LUISA.—¡Uf!... Y en casa que comemos á las ocho... (*Tirando de su amiga*). ¡Vamos, vamos!...

ROSARITO (*á Fernandito*).—Hasta mañana. ¡Supongo que no faltará usted!...

FERNANDITO.—¡Por Dios!... ¡Aunque tuviere que perder la clase!

ROSARITO.—No exijo tanto. (*Deteniéndose de pronto*). Diga usted y perdone la curiosidad, ¿qué es lo que usted estudia?... ¡Aunque sea indiscreción!...

FERNANDITO (*después de dar una chupada al cigarro, echando una bocanada de humo y acariciando, con aire de persona importante, la cadena de su reloj*).—¡Segundo de latín!



Anochece. Ha calmado la brisa y Recoletos va quedando desierto poco á poco. A lo lejos, se oyen los ecos de un piano de manubrio que toca la canción de la Serafina. Por el fondo, un tranvía cruza la escena rápidamente haciendo sonar sin descanso la campana de aviso. Va adquiriendo mayor intensidad el resplandor de las luces que alumbran el paseo... y el telón cae.

Ramón Asensio Más.

PARA CONOCERLAS...

El temperamento de la mujer puede conocerse por su cabellera.

El cabello espeso y lustroso significa fuerza y salud; cuando negro y rizoso, testarudez y alegría; rubio, delicadeza y bondad; rojo, despotismo y perversión; negro, largo y muy fino, simpatía extrema hacia los hombres...



DE MIS CIEN CANTARES

Si quieres que suba, suba, como un gato subiré; pero una vez en tu cuarto no sé si me bajaré.

Dice el cura que te deje, que yo soy tu perdición; yo creo que estabas perdida el día que te encontré yo.

Eulogio Méndez.



La doncella.—Para mi gusto, el regalo más delicado es el ramo de azahar de flores naturales; pero faltan dos días para la boda y se marchitarán.

La señorita.—No lo creas, tonta, porque pienso tenerlo á remojo hasta que me case.

LAS ARAÑAS PROTECTORAS

PUES señor...
Les voy á referir á ustedes una historia verídica que á mi me contaron la otra noche en el casino de Guadalajara, con ocasión de mi viaje acompañando á Pepita Sevilla, la Manon, Felipe Trigo y otros amigos

Romanones, que tiene sus tierras en los alrededores de Veredas, estaba en relaciones desde hace algunos meses con su primo Alfonso, empleado en el Ayuntamiento; mozo pobre, eso sí, pero que sabía montar á caballo muy bien, tocar la guitarra, cantar flamenco, y otras varias lindezas y habilida-

des que el caciquillo no le importaban una higa, pero que las mocitas de los pueblos celebran y tienen en mucho.

Los dos tórtolos se veían de noche y arreglaban el porvenir por un ventanuco enrejado que la huerta de la casa de Octavia tiene á un callejón sin salida: y aseguran los que esto vieron, que era un cuadro precioso el formado por los dos amantes, de pie sobre la hierba que mojó el rocío de la noche, buscándose con los labios por entre los hierros de la ventana casi oculta bajo las flores y tupido follaje de una enredadera silvestre, arrullados por el somnífero murmullo de la brisa, envueltos en la misteriosa penumbra de las noches sin luna...

Al fin supo Alfonso que don Cándido, su futuro suegro, que es hombre de armas tomar, enterado de aquellas entrevistas nocturnas, se proponía evitarlas calmando el inquieto anhelo de ambos amantes con el pacificador cordial de una buena paliza. Entonces, los tórtolos pensaron en la dulce posibilidad de largarse con sus arrullos á otra parte.

—¿Y si nos prenden?— preguntó Octavia.

—Si nos prenden— repuso Alfonso—, ten por cierto que nos casan.

—En cuyo caso...

—Tu padre, que es generoso, hará entrega de lo que en dote te corresponda, y con esto,



—¿Está visible la señorita?

—No, señor, se encuentra en el baño.

—¡Caramba! ¡Y dice usted que no está visible!

que se han acreditado ante aquél público como excelentes cómicos...

Octavia, la hija de un caciquillo amigo de

que no será costal de paja, y los tres mil reales que yo cobro en el Ayuntamiento, viviremos como príncipes...

Con estos honrados propósitos, Octavia y su novio se escaparon noches pasadas, momentos antes de que llegasen al callejón de las poéticas entrevistas los cuatro ó cinco jayanes comisionados por el cacique para brumarle las costillas á Alfonso.

Al reconocerse burlado don Cándido tuvo una furiosa explosión de despecho, y comprendiendo, por la hora, que los fugitivos no podrían ir muy lejos, se propuso darles alcance.

Alfonso y Octavia habían salido por la parte del Sur del pueblecillo, encaminándose rápidamente hacia unos parajes escarpados en que las cuevas abiertas por los mineros son muy numerosas.

—Una vez escondidos en cualquiera de estas gazaperas—decía el mozo—, es muy difícil que tu padre dé con nosotros.

Y buscando, buscando... sin más auxilio ni otra orientación que su instinto, dieron con una cueva que Alfonso sabía muy abrigada y capaz, pero cuya boca era tan angosta, que para entrar por ella hubieron de echarse de bruces en el suelo y pasar, como decimos los "cañis," las *morás* y *partías*.

Entretanto don Cándido y los suyos, provistos de antorchas, escudriñaban todos los altibajos de aquel terreno que parecía una esponja enorme, con sus resquebrajaduras y sus pelados cerros acribillados por las infatigables piquetas mineras.

Pasaban las horas y el cielo comenzó á teñirse con los primeros risueños fulgores del nuevo día. Entonces Octavia y Alfonso despertaron el uno en brazos del otro, y vieron que durante la noche una araña, una de esas grandes arañas campesinas de color ceniza, había tejido una red que cerraba completamente la entrada de la cueva: los hilos sutilísimos de la red brillaban al sol con irisaciones tornasoladas, y en el centro del luminoso agujero aparecía la araña inmóvil, con sus vigorosas patas abiertas.

—¿Qué hacemos?—preguntó Octavia.

—Creo—repuso Alfonso—que debemos permanecer aquí hasta que la noche vuelva...

Y en estas estaban cuando oyeron clara y distintamente la voces de don Cándido y de sus criados que se acercaban; por la dirección que seguían se comprendía que regre-

COCINERA NUEVA



—Yo entiendo de todo; lo mismo hago un arroz, que le pongo el tomate en almibar á la señorita.

saban al pueblo vencidos y maltrechos. Al pasar por delante de la cueva en que los fugitivos se abrazaban tiritando de miedo, uno de la ronda, preguntó:

—¿Entramos aquí?

—¿Para qué?—replicó don Cándido—; ahí no hay nadie; ¿no ves esa araña?...

Y se marcharon.

Octavia y Alfonso, nuevos Baucis y Filemón de Veredos, han legitimado su amor casándose santamente; y, ¡por Dios!... que si alguna vez sus hijos les preguntasen para qué sirven las arañas, ya pueden referirles un sabroso episodio.

F. Ix Rocio.

SUEÑOS INTEMPESTIVOS...



Es un fenómeno muy raro, que comienza á preocupar á los doctores. En San Sebastián, desde hace algunos días, todo el mundo se duerme. Y es en la calle, y en el casino, y en el café, y en la playa, y en el teatro y en todas partes. "Algo," que tiene ca-

mono, y el hombre, que no conocía esto, tomó un coche en la calle de Fuenterrabía, donde se hospedaba, y encargó al auriga que le condujese á la playa.

Comenzó á andar el coche. Al principio de prisa, con una media marcha razonable; luego despacio, muy despacio... Pasado un rato, los jamelgos fueron acortando la dudosa velocidad de su carrera, casi hasta no moverse...

El empresario de variedades madrileño estaba confundido, sin saber qué hacer. Pensaba protestar de aquella lentitud, advertir al cochero; pero el pobre hombre, que por primera vez iba á confundirse con los veraneantes de postín, temía llamar la atención demasíadamente, que aquello no fuese de buen tono... ¡No había estado nunca entre señoritos sino para servirles!

Al fin sucedió algo que el empresario de variedades no tenía en su programa. Uno de los caballos se espantó, y los dos avanzaron, metiéndose por el escaparate de una tienda de confecciones y ropa blanca.

El estrépito fué enorme, ensordecedor. Y, sin embargo, el cochero permaneció impasible en el pescante.

Un guardia se acercó y le tocó en el hombro:

—Oye, calzonazos...

Pero, ¡sí, sí! El automedonte dormía profundamente ó estaba, quizás, aletargado.

Varios curiosos le descolgaron del pescante y le llevaron, sin lograr despertarle, á una farmacia próxima. Un médico acudió á auxiliarle, y certificó que el paciente no estaba en estado letárgico ni cataléptico, y que respiraba á intervalos regulares, como en el sueño normal. Poco después, efectivamente, el auriga estaba en su puesto tan sereno...

Tras del sueño del cochero siguieron otros varios casos, que inquietan seriamente á los doctores. Uno de ellos me diagnosticaba ayer tarde:

—Son invencibles parálisis momentáneas, debidas, sin ninguna duda, al gasto de energías cerebrales... Yo no encuentro remedio.

Y no debe haberle, efectivamente, porque los casos se repiten más á menudo cada día. Del último ha sido víctima una linda desnudable, amiga mía, muy conocida entre la gente que vive un poco allá en Madrid: Luisita Rosales.

Luisita conoció ha pocos días, al anoche-
cer, en un elegante café de la Avenida, á un



—¡Estese usted quieto, que luego mi novio creerá que me ha salido un lunar en el carrillo!

racteres de enfermedad anómala, singularísima; una perturbación fisiológica, que lleva tras de sí consecuencias muy desagradables...

Primero fué un cochero. Vino á San Sebastián desde Madrid el empresario de un saloncito de variedades, muy céntrico y muy

señor de alguna edad y de muy buen porte. Después de beber el aperitivo juntos, el caballero invitó a la joven á cenar. La cena fué alegre y copiosa; nada faltó á ella, ni los delicados entremeses ni el *champagne* exquisito. El galán, aunque muy cariñoso y deferente para su compañera, continuaba mostrándose delicado y correcto; ella, en cambio, procuraba aturdirle enlazándole sus brazos al cuello, algo mareada por los vapores del vino, pensando, tal vez, en que nada es tan agradable para las mujeres cansadas del amor como la seducción lenta, sin impacencias impertinentes, de los hombres de mundo.

Al salir del *restaurant*, subieron á un coche.

Según se desprende de la queja presentada por Luisa ante el comisario de policía, no habría recorrido aún el coche doscientos metros, cuando la joven se sintió presa de un sopor invencible. El caballero, sin embargo, no había sacado frasco ni pañuelo que la moviese á sospechar la existencia de un narcótico; pero Luisa se sentía desfallecer rápidamente, con desfallecimiento dulcísimo. El preguntó:

—¿Te sientes mal?

—No; es... que... tengo... sueño...

No dijo más, y apoyó la cabeza sobre el pecho de su acompañante.

El coche rodaba... después se detuvo... Luisa sintió que la cogían por el talle; luego todo enmudeció á su alrededor. La criada de la joven añade que habiendo sentido llegar el coche donde venía su ama, abrió la puerta de la escalera; después, extrañando que la señorita no subiese, bajó al portal, donde halló á Luisa en el suelo y profundamente dormida. Creyéndola borracha, como otras veces, la chica asió á la gentil pecadora por un brazo, y poco á poco la llevó á su cuarto, dejándola descansar hasta la mañana siguiente.

Cuando la *afrodisiaca* despertó, advirtió que la habían robado dos sortijas y un broche de oro, tasado todo ello en más de nueve mil francos.

Lo peregrino es que, según los mejores indicios recogidos, todo parece indicar que



—¡Qué, maestro! ¿Va usted á empezar por detrás?

—¡Alla veremos, hija mía, allá veremos!

no se trata de un ladrón de profesión, sino de un coleccionador de objetos raros.

El suceso está siendo estos días tema de conversación en todas partes. Unos lo toman seriamente; otros hacen chistes... Pero ninguno, ninguno, valga la verdad, lo lamenta. Porque, ¡qué diablo!, en el ejercicio de Cíteres hombres y mujeres, luchan entre sí sanamente. Y, queridas amigas, donde las dan... las toman.

Es preciso ser justos.

Jacinto Carmin.

San Sebastián, 7 de Agosto.

LEA USTED EL JUEVES

INÉS DE MAGDALA

Novela por Antonio Zozaya

INTUICION FEMENINA



la hora de la siesta era el silencio absoluto en la aldehuela. El sol de Junio derramaba en el campo haces de luz, picante ya; el río, en su correr continuo, se oía lejano, igual, perceptible apenas.

Pedrin, echado en la abundante mancha de sombra que proyectaba un árbol viejo, pensaba en el *ññor* maestro y en los indispensables disciplinazos del siguiente día, por haber hecho *rabona* aquella tarde.

Así pensó un rato, hasta que, incorporándose prontamente.

—¡A refrescál—dijo.

Y echándose atrás la gorrilla, tomó el camino del río con ánimo de recorrerlo en un vuelo.

Los vivos ojos de Pedrin miraban á un lado y á otro del camino con curiosidad infantil, y el muchacho parábase en seco palmo-teando de alegría siempre que algo nuevo llamaba su atención.

De repente una voz conocida le hizo volver la cabeza y vió á Maruja, que, con los carrillos rojos como cerezas, se acercaba gritándole:

—¡Pedrin! ¡Periquillo! ¿A que no ere capá d'una cosa?

Así vocando, llegó hasta cogerse de los hombros de Pedrin.

—¿Que no soy capá?... Tú dirá, chica.

—¿T'atreve á cogeme flore de la presa?

—¡Vamo p'alante! —dijo Pedrin con resolución, casi ofendido.

Y con la alegría del pájaro que se emancipa de la prisión, echaron á correr hasta el mismo borde de la presa, y de aquél pozo ancho y profundo que tanto miedo daba á los chicos del pueblo!

De allí, de allí mismo quería flores Maruja, y había que dárselas. ¡Dejaría él de ser lo que era primero que acobardarse! Por las paredes de aquella hondonada de piedra, depósito de agua para los molinos, crecían flores blancas y diminutas, contrastando

con la negrura y profundidad del fondo. Pedrin, tumbado en el borde, se inclinó hacia dentro cuanto pudo y comenzó á coger las florecillas que le indicaba la rapazuela; pero al medir bien con la vista el fondo del precipicio, sintió miedo y se incorporó retrocediendo.

—¡No t'atreve!—dijo Maruja ya impacientel.

—¿Que no?—gritó Pedrin avergonzado— ¡Ahora verá!

Y adelantando medio cuerpo hacia abajo, quería coger las flores más distintas, por parecerle las más bonitas. Rabioso por las palabras de la chiquilla, no vió que se escurría al fondo. Al apercibirse de ello, sintió frío en los huesos, y un temblor horrible le hizo tambalearse; sus ojos vieron en un momento luces extrañas, y entonces perdió la cuenta de lo que le sucedía. Aun quiso agarrarse, instintivamente á algo que no encontró en el aire, y volteó hacia el abismo, soltando las

flores que tenía en la mano, las cuales, después de bailar un segundo en la atmósfera, se precipitaron siguiéndole.

Maruja, cuando vió desaparecer las flores tras el cuerpo de Pedrin, metamorfoseó su rostro con el gesto de quien pierde la ilusión más amable de su vida, y exclamó:

—¡Qué lástima de flore! ¡Yo que pensaba hasé un ramiyete tan bonito con eyas!

Abelardo Delgado.



—¡Señorito, por Dios, tenga en cuenta que soy la única doncella legítima que hay en la casa!



CHISMES

Que es un demonio su no-
(vio dice á Paz, doña Vicenta,
y ella, ingenuamente exclamó—
(ma) —Por eso siempre me tienta.

P. Agüera Gómez

VIVAMOS EN PAZ

(ESCENA DE LA REALIDAD)

Hallámonos en Mondariz. El doctor Calcaño, viejo, calvo, condecorado con una porción de cruces grandes, medianas y pequeñas, lee la Prensa recién llegada en el último correo. Margarita Rodríguez, la famosa Margarita, la veterana y siempre

de bebidas fuertes ni de comidas excitantes.

M.—¡Ay! doctor... ¡Si supiera usted como me gustan las trufas y el champaña!

C.—Es preciso sacrificarse.

M.—Sí, pero mi profesión... Ya sabe usted que nosotras tenemos que aceptar convites, alegrarnos un poco...

C.—Advierto á usted, por si no lo sabía, que un buen estómago es siempre el primero de los útiles de trabajo de toda mujer... elegante.

M.—¿Sí?

C.—Como usted lo oye.

M.—Pero bueno, ¿no dice usted que padezco gastralgia?

C.—Gastralgia, sí, señora.

M.—¿Y eso tiene algo que ver con el estómago?

C.—Como que radica precisamente en él.

M.—Yo creí que era cosa de la cabeza, porque algunas veces me parece que la tengo al revés, y me acometen ideas negras, pienso en el casero y en la modista... Tengo dos amigos, dos nada más, porque soy mu-



—¡Qué, le extraña á usted que no tenga nada más que quince años? ¿Pues cuántos me echaría usted?

—¡Ay, hija, yo te dejo en mantillas!

guapa artista de variedades, muy hermosa hoy, y saluda sonriendo al médico, mostrándole á la par una carta.

MARGARITA.—Sí, señor, mi médico de Madrid es el que me recomienda á usted.

CALCAÑO.—Perfectamente... En ese caso empezaré por diagnosticar la enfermedad que usted padece...

M.—¿Así? ¿Sin examinarme?

C.—No me hace falta... Usted padece una gastralgia.

M.—Sí, ya creo que se lo dice á usted en su carta el doctor Fernández.

C.—Por esos mismo no necesito someter á usted á ningún examen. Con la opinión de Fernández tengo bastante.

M.—Comprendido.

C.—Por consiguiente, debe usted empezar por observar una gran continencia. Nada



—¡Qué groseros! ¡Ni un alma á recibirnos!

—Y eso que te pasaste el verano pasado tocándole todos los días el órgano al cura para que alzara.

jer reflexiva, y los dos me estorban... Juro á usted que hay ratos que me dan horribles tentaciones de despedirles y retirarme á un convento.

C.—Todo eso procede del estómago, créame usted... De todos modos convendría que

EN EL BALNEARIO



Ella.—Yo estoy muy contenta en este Balneario, porque además de que las niñas se divierten mucho en los cotillones, las camareras lo hacen todo con mucha limpieza.

Él.—Pues por eso [precisamente vengo yo todos los años; por la limpieza de las camareras.

viésemos el pecho. ¿Tiene usted inconveniente en que lo veamos?

M.—¡Oh! Ninguno.

(Margarita se quita la blusa y el corsé. Su hermoso busto aparece entre las puntillas de la camisa arrogante y tentador. El

doctor Calcaño se estremece; pero al recordar que es individuo de varias Academias respetables y que se debe más á la ciencia que al amor, vuelve á tranquilizarse, coge con seguro ademán una mano de Margarita y apoya su oído derecho sobre la deliciosa espalda de la dama).

M.—(Riendo). Me hace usted cosquillas.

C.—Vamos, vamos, formalidad.

M.—(Sin dejar de reír). Le advierto á usted que cuando me hacen cosquillas soy mujer perdida...

C.—Tengo necesidad de auscultarla...

M.—¿No podía usted hacer eso de otra manera?...

C.—(Volviéndose á estremecerse). Tiene gracia... Ea, ya está. El pecho funciona perfectamente.

M.—Ya lo sabía yo.

C.—Los pacientes suelen equivocarse.

M.—Según qué clase de pacientes... ¿Puedo vestirme?

C.—Sí, señora.

M.—¿Y persiste usted en lo de la continencia?

C.—Quizá podamos prescindir de ella.

M.—¡Ay, doctor! Se lo agradecería con toda mi alma. ¿Continencia en mí? Imposible. Me moriría de hambre.

C.—Lo creo. Por eso apelaremos antes á la ducha; pero es preciso que se la administre yo. Una buena ducha ha de ser administrada por el médico. Sí, hija mía, tenemos que sacrificarnos por nuestro semejantes.

M.—(Con picaresca sonrisa). ¿Y estará usted á la altura de las circunstancias?

C.—Procuraré estarlo.

M.—Peor para usted si se equivoca... ¿Cuándo empezaremos?

C.—Mañana mismo.

M.—¿Y por qué no hoy?

C.—Porque tengo muchos enfermos á quienes visitar. Además, puede usted esperar á mañana.

M.—Y aun á pasado. (Abre el portamonedas y pone dos duros sobre la mesa).

C.—Perdone usted, señora. Yo siempre cobro veinticinco pesetas por cada visita...

—M. ¿Sí? Pues yo cobro lo mismo. Conque vengan esos dos duros y estamos en paz. Hasta mañana. (Saluda graciosamente y sale).

Clemente de Castro.

Mondariz, Agosto.

LEA USTED EL JUEVES

INÉS DE MAGDALA

CINCO AÑOS DE MATRIMONIO

YO Y MI CRIADO

PRIMER AÑO

—¿Pondré, señor, dos camas en el cuarto de vuestra cariñosa y fiel Sofía?

—No, Fermín, una sola: yo comparto con ella en mi existencia noche y día.

descansará mejor... ¡No quiera el cielo que impida su quietud su amado esposo!.. Mi sueño es turbulento, interrumpido, y el suyo más delgado que una seda; debes, pues, practicar lo prevenido, para que mi adorada dormir pueda.

TERCER AÑO

—¡Abrasada estación!... ¡Tiempo de llama! ¡Qué alcoba tan estrecha! ¡Qué tormento!

—¿Qué remedio, señor?...

—Saca mi cama y ponla en cualquier otro aposento.

—¿Y Sofía?

—Dirásle que mi celo por su comodidad es infinito, que esta separación es un consuelo, y aunque á dormir sin ella me limito, mi corazón sensible, enamorado, late por su cariño dentro el pecho, y que mi amor está siempre á su lado... por más que se separe nuestro lecho.

CUARTO AÑO

—¿Determináis viajar?... Sin perder hora



—Tengo que decirte que ya Luisita es toda una mujer.

—¿Pero es que ha sido hasta ahora cabo de consumos?

Los dos un mismo aliento respiramos, sintiendo el corazón la misma llama; ya que un solo querer alimentamos, tendremos una mesa y una cama, y eternamente unidos sin querella, debiéndonos recíprocas albricias, no gozará sin mí, ni yo sin ella, vida, luz y placeres y delicias.

SEGUNDO AÑO

—Ved, señor, si mandáis alguna cosa.

—Te diré lo que tengo proyectado; de mi mujer la alcoba es espaciosa; pon en ella otra cama de contado, que yo la ocuparé, pues me desvelo, y perturbo á Sofía su reposo:



—Yo le obsequiaría con una copita de conejo; pero no sé donde lo tiene mi mujer.

para dos dispondré ropa y recado; pues es claro que iréis con mi señora, á quien idolatráis...

—No has acertado.

Temo el gasto, después la desventura de vuelcos y celadas de ladrones; no quiero ver marchita su hermosura con mil padecimientos y aflicciones.



—¿De manera que este año me quedo sin ir á San Sebastián?

—Chatita, tengo que confesarte que no me queda absolutamente nada.

—¡Toma, eso ya lo sabía yo hacía tiempo!

Solo me marcharé, que es de avisados interrumpir las dichas algún tanto, para que los placeres codiciados vuelvan al corazón con nuevo encanto.

QUINTO AÑO

—Ya gime con furor el ronco viento del invierno aterido y funerarío...

¿Y seguirá el señor en su aposento durmiendo como monje solitario?

—Búscame con secreto una morada pequeña, independiente, sin bullicio,

porque la soledad mucho me agrada. Quiero hacer una vida de novicio y lograr mi quietud es mi porfía.

—¿Cuántas camas, señor?...

—¡Solo la mía!

Luis de Ossa.

Chamberí, por Puencarral

Se dispone á partir de la Puerta del Sol el tranvía á cuyo cargo se halla este itinerario. Una linda planchadora, cuyos encantos oscilan entre los dieciocho y los veinte abriles, sube á la plataforma delante, provista de un enorme lio de ropa.)

EL CONDUCTOR (*Muy amable*).—Ponga usted aquí el lio, y no le molestará tanto.

LA PLANCHADORA (*Poniendo el lio en el lugar que le indican*).—Muchas gracias.

EL CONDUCTOR.—No hay de qué, joven.

(*Un caballero bien vestido y fumando sube á la plataforma y se instala en un rincón, junto á la planchadora.*)

EL CONDUCTOR.—Caballero, la plataforma está completa. Tenga usted la bondad de pasar adentro.

EL CABALLERO.—Voy á estar aquí cinco minutos, hasta acabar el cigarro.

EL CONDUCTOR.—No puede ser, caballero.

EL CABALLERO.—Está muy bien. (*Arroja el cigarro y entra en el interior del tranvía.*)

LA PLANCHADORA.—¡El demonio del tío! Hace un cuarto de hora que me viene siguiendo.

EL CONDUCTOR (*Ingenioso*).—No se puede ser planchadora ni bonita.

LA PLANCHADORA.—¿También usted? Pues estoy fresca.

EL CONDUCTOR.—Siquiera yo soy joven... Pero mira que tener que soportar la persecución de un viejo...

(*Uno de los viajeros de la plataforma se*

apea. *El caballero del cigarro surge precipitadamente del interior del tranvía y ocupa en la plataforma el sitio vacante, enciende un nuevo pitillo y vuelve á mirar á la planchadora con ojos de carnero á medio morir.*

EL CONDUCTOR (*Un poco amostazado*).—Caballero, ¿tiene usted la bondad de no mirar á esta joven?

EL CABALLERO.—¿Por qué?

EL CONDUCTOR.—Porque es mi mujer.

LA PLANCHADORA (*Admirada y ruborizada*).—Sí, señor; soy...

EL CONDUCTOR (*Al caballero*).—Y usted es un indecente.

UNA VIAJERA SESENTONA.—¿Qué hombres tan sinvergüenzas andan por el mundo!

OTRA VIAJERA JOVEN.—¿Pobre muchacha! ¡Vaya un atrevimiento! ¡Mirarla delante del marido!

OTRO VIAJERO CINCUENTÓN.—¿Pobre marido!

EL CONDUCTOR (*Muy indignado*).—¿Sí, señor, un indecente! Y ahora mismo se apea usted del tranvía, ó le apeo yo.



—Pero, padre; ¿cómo me voy á casar con una mujer que ha tenido tantos amantes?

—Habladurias nada más, vamos á ver, ¿cuántos sabe usted que haya tenido?

—El que tenía hacía dos meses hacía lo menos el sesenta y nueve.

(El caballero enarbola el bastón, intervienen los otros viajeros, y al cabo se encuentra de patitas en los santos adoquines, sudoroso y sin saber á punto fijo lo que ha sucedido. El tranvía entero prorrumpie en un jahl de satisfacción. El sátiro se fué.)

EL CONDUCTOR.—En mi vida ví un hombre tan descarado como ese. ¿Pues no pretendía dármele con queso en mis propias narices?... (*A la planchadora, en voz baja.*) Me pareció que me he portado como un hombre, librando á usted de ese cochino... Ahora, usted dirá. Yo no soy interesado; pero me gusta que me agradezcan los favores. ¿Dónde vive usted?

(Al decir esto, aprieta con tal fuerza el brazo de la muchacha, que la obliga á dar un grito.)

UN VIAJERO.—¿Qué es eso?

LA PLANCHADORA (*Disponiéndose á bajar*



—Esta mancha violácea, denuncia la existencia de un edema en formación.

—Lo que denuncia es un terrible puñetazo que ayer me metió el bestia de mi yerno.

Lea usted el jueves en EL LIBRO POPULAR
INÉS DE MAGDALA
por Antonio Zozaya

20 CÉNTIMOS

del tranvía, sofocada y nerviosa.—El conductor, que acaba de pellizcarme como si fuese mi marido de verdad. ¡Otro cochino! Está visto que ni á pie ni en tranvía se ve uno libre de esta plaga.

EL VIAJERO CINCUENTÓN (*Atónito*).—¡Qué dirá esa mujer!

LA VIAJERA SESENTONA.—No lo entiendo.

LA VIAJERA JOVEN (*Levantándose para ocupar en la plataforma la vacante de la planchadora*).—Voy á ver si es verdad eso de la plaga.

EL CONDUCTOR.—No hagan ustedes caso, señores; fué una broma.

(*El tranvía entero sonríe otra vez con visible satisfacción, y el conductor empieza á mirar arrebataíadoramente á la viajera joven.*)

Etcétera, etcétera hasta Chamberí, y vice-versa.

F. A.



LAMENTACION

Cinco noches, con ésta, que regreso á mi casa tan compuesta como al salir, sin encontrar un socio que se dignara hacerme una propuesta. ¡Bonito, como hay Dios, está el negocio!

El Buchter Espino.

GENTE RECOMENDABLE

Por faltar á los compromisos que tenían adquiridos con la Empresa de LA HOJA DE PARRA, y no pagar, se ha suspendido el envío de paquete á los corresponsales siguientes:

Puerto de Santa María: José Cortés Bilbao.

Mercadilla: Antonio Gutiérrez.

Béjar: Pablo Enríquez.

Beasain: Bernardino Gravalos.

Mahón: Francisco Villalonga.

Mazarrón: Gabriel Lorca Navas.

Recomendamos á la memoria de las demás Empresas periodísticas y editoriales á estas distinguidas personas.

APARTADO, 547

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

ESTABLECIMIENTO TIP. DE EL LIBERAL

El Libro Popular
Una novela inimitable y completa por solo 20 cts!!

EL LIBRO POPULAR

Todo el que quiera pagar un rato agradable debe comprarlo. Y si no puedes gastar dinero

QUE SE LO PIDA Á SU VECINA